

REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

LA CONFESION.

(CONCLUSION.)

Despechada, henchida mi alma de desesperacion, al ver lo infructuoso de mi arrepentimiento, resolví despreciar las leyes de esa tiránica sociedad, que oponia una barrera férrea entre mí y los demas seres; puse en tortura mi corazon, procuré sonreír, mis ojos finjieron el fuego de los torpes amores, respondí á los insolentes discursos de los libertinos con desembarazo é impudencia, y entonces los mismos que me miraban con ceño, vinieron á poner á mis pies su fortuna, me dieron una momentánea preponderancia sobre su alvedrio, y en breve Matilde era el objeto de las conversaciones: todos me ensalzaban, me tributaban sus obsequios, y los que menospreciaron á la mujer vilmente engañada, recibieron con placer á la muger mancillada por el crimen.

Creiánme feliz ¡ay! ¡cuánto se engañaban! yo no habia nacido para vivir en el seno de la ignominia, yo tenia un alma elevada, y las ilusiones de mi fantasía eran puras como el beso que estampa una madre en la purpúrea mejilla de su hijo; me veia condenada á sufrir el peso de una ecsistencia, que me agoviaba, á finjir unas pasiones, que no sentia, á encubrir con falsa risa una pena devoradora, y este estado es mas horrible que los tormentos del averno; así es, padre mio, como por el fanatismo de un mundo hipócrita y corrompido, en Europa, en el siglo 19, era mi posicion la de una miserable georgiana, la de una esclava, que en esos serrallos de la bárbara Africa mendiga una mirada de un Sultan, que la compra por un puñado de oro: si, mi inesperienza en la senda escabrosa de la vida, una passion divina en su orijen, y las sugestiones de un hombre, comenzaron mi ruina: las preocupaciones, las bárbaras creencias, y los errores de un siglo, que se abroga el título de ilustrado, adelantaron tan infame obra y el despecho, la obcecacion, y la cólera, llegaron á completarla; corrí la escala entera de los vicios, y cada uno de

mis pasos en tan espinoso sendero, era un anatema de execracion que caia sobre la cabeza del seductor, que en el fondo de mi corazon idolatraba.

Al decir estas palabras, la interesante Matilde dejó caer la cabeza sobre la almohada: sus ojos se cerraron, y la mano, que tenia sobre el blanco seno, dejó de oprimirle: levantóse lleno de terror el P. Aldebrando, miró el rostro de la pobre jóven, una lágrima de dolor brillaba en su pálida mejilla, una lágrima sola surcaba aquel rostro anjelical, místico ahora, y marchito por la helada mano de la muerte, como la fuente solitaria en medio de los desiertos arenosos de la Libia: el sacerdote la contemplaba estático, su faz no manifestaba alteracion alguna, era su dolor un dolor reconcentrado, un dolor, que no se lee en el semblante, que no indica los jémidos, que no revela el llanto ¡ah, Rafael! así hubieran espresado tus pinceles la desesperacion de Niobe junto á los cadáveres de sus hijos queridos.

Un suspiro de la jóven moribunda volvió su razon al desolado monje, la jóven alzó su cabeza, pero la dejó caer segunda vez lánguidamente: el ministro del Señor volvió á sentarse, y Matilde continuó con voz apagada:

Cinco años, padre mio, cinco años he visto correr, y el pesar, y los remordimientos no me han abandonado en tanto un solo dia; hace dos meses que la fiebre violenta que me consume hizo temer á los facultativos por mí, vine á este pequeño pueblo, la fama de vuestra virtud llegó á mis oidos, y cuando conocí que se aprosimaba el trance fatal, os llamé para recibir vuestros auxilios: habeis escuchado mi triste historia, implorad mi perdon á ese Dios, que tanto he ofendido.

Titubeó algun tiempo el P. Aldebrando, temblaba su cuerpo, su corazon latia con violencia, y parecia que mil pasiones encontradas luchaban en su seno; ya los ojos de Matilde se habian clavado en su rostro, ya sus labios iban á preguntarle si no podia esperar la clemencia del Cielo, cuando el religioso se levanta con fervor, estiende su mano sobre la cabeza de la humilde penitente, y esclama: ¡mujer infeliz, Dios vé tus angustias, conoce tus extravios, y la gracia divina es derramada sobre tu corazon: eleva tu vista al Señor, ya ha olvidado

tu crimen, ya están borradas tus faltas sobre este suelo de pesares.

Gracias... gracias (contestó con voz cortada Matilde) padre, padre mio..... me ha perdonado..... mi Dios;... algún día... vereis á ese hombre... quizá en el lecho de muerte... agonizante... entonces... le consolareis... como á mí... le direis... que Matilde... que su víctima... le amaba... y que le habia perdonado.

Me perdona ¡Dios mio! perdona á su verdugo (dijo sollozando el P. Aldebrando).

Matilde llevó su trémula mano al corazón, la alargó ácia el monje, y pronto conoció este su retrato; la tempestad habia pasado, la luna brillaba en el cenit, y á su serena luz vió el desolado religioso la imájen de un hombre, vuelve su rostro á la jóven ¡ay! acababa de espirar, su alma voló á la mansion celeste, allí estaban los restos de la hermosa Matilde, las bárbaras leyes de la implacable sociedad estaban satisfechas.

Furioso, frenético, iba el infeliz Aldebrando á lanzarse al cuerpo de su víctima, pero recuerda que hay entre él y aquella mujer dos barreras insuperables: la religion, y la muerte; se arrodilla con resignacion. ¡Leonardo infeliz! (esclama.) Dios de misericordia! recibe en tus brazos á Matilde, y perdona á su seductor.

José Velázquez.

AL MAR.

Por qué en la noche oscura ruiendo pavoroso
Tus ondas encrespadas rebullen sin cesar,
Y ostentas tu bravura y elevaste espumoso
Sin dudar pretendiendo tu centro abandonar?

¿Será secreto impulso que allá en tu interno seno
Escite de tus olas su choque y su furor,
O enójate el ruido del recio ronco trueno
Que cóncavo en la esfera resuena con fragor?

¿Sañudo acaso avisas con eco furibundo
Que existe una otra vida tras la presente edad,
Y que aunque el mundo alhague, sujeto yace el mundo
A la infalible suerte de inmensa eternidad?

Las naves á tu empuje, los rumbos ya perdidos,
Vacilan al impulso del rápido aquilon,
Y escúchanse dolientes mil ayes y gemidos
Y lanza ronco estruendo mortífero cañon.

Y allí del Dios del mundo se invoca el nombre santo,
Allí contritos seres imploran su piedad,
Y allí angustiadas voces mezcladas con el llanto,
Que allí el rigor se siente de cruda tempestad.

¿Qué rara voz se escucha salir de tu hondo abismo
A par de tus embates y á par de tu ruijir?...
¿Un ser oculto acaso, del mal el géneo mismo,
Desconocido objeto la pueden producir?

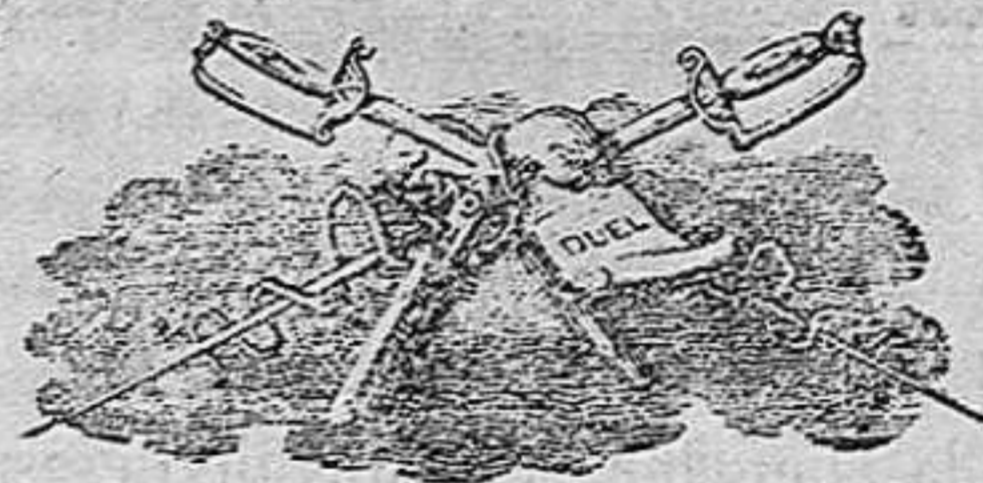
Mas ay! que aquí en mi mente se fija un pensamiento
Y el pecho se estremece, se inflama mi ilusion,
Y pierdo mis ideas, embárgase mi acento,
Se turban mis sentidos, se anubla mi razon.

Tu voz, Señor, es esa: tu voz que el orbe llena.
Tu voz que retumbando por los espacios vá:
Tu voz que entre esas ondas fatídica resuena,
Que anuncia al universo su destruccion quizá.

Sí, él es, mi Dios, no hay duda: severa entre el ruido
Percibo amedrentado su aterradora voz;
Y el viento impetuoso con bramador gemido
Del uno al otro polo condúcela veloz.

¡Señor! ¡Señor! medrosos repiten los vivientes:
Señor augusto y santo vuestro furor calmad;
Templad de ese elemento los tumbos inclementes
Señor, el mundo dice, ¡piedad! ¡Señor! ¡piedad!

Juan Brunenque.



EL DESAFIO.

(TRADUCCION.)

Carlos Melville á Eduardo Veruillier.

I.

El día 25, mi querido amigo, estaré en Paris y podré estrecharte en mis brazos. Adolfo no me acompaña, se ha quedado en Bades con mi hermosa prometida Eugenia Derval, encargado de velar por ella, que es mi única felicidad.... Apesar de lo corta que debe ser esta separacion me he visto obligado á forzar una voluntad, una consideracion muy poderosa para decidirme á ello. Deberás acordarte que huérfanos mi hermano y yo desde la edad de ocho años fuimos recojidos por mi tia, por esa segunda madre que nos ha prodigado toda clase de ausilios, y que nos ama con todo su corazón. Jamás ha desmentido este cariño, y cuando obligada por interese; de mayor consideracion tuvo que establecerse en Paris, mientras recorriamos el mundo en todos sentidos para buscar en él inspiraciones, ha velado sobre nosotros alentandonos con sus consejos y elojios, y envaneciéndose de los buenos rasgos que han descrito nuestros pinceles... ¿No es cierto que pagar tanto amor y cuidados con la indiferencia ú el olvido seria una ingratitud? Por eso mismo no he querido contraer un himeneo de que dependan todas las felicidades de mi vida, sin consultarlo con mi segunda madre, sin pedirle su consentimiento, el que espero me concederá con el mayor placer.
¡Si tu conocieras á Eugenia Derval!... dos palabras

bastarán para retratartela. En cuanto á su corazón es un ángel en toda su virginal inocencia, en cuanto á su belleza es una mujer con todos los atractivos de la hermosura. Así no es amor lo que siento por ella, es un frenesí, un delirio, una ciega idolatría. Apesar de esto quiero dejarte ver hasta el fondo de mi conciencia y de mis pensamientos, temo contraer este enlace que deseo con toda mi alma... porque una voz secreta me dice que no soy el único que adora á Eugenia.

Mi hermano la ama también, mi hermano la idolatra, y por un sacrificio sublime afecta á su lado tranquilidad y aun indiferencia... Mi rostro palidece al trazar estas líneas; mi mano tiembla y mis ojos se arrasan en lágrimas... ¿Es preciso para conquistar mi felicidad romper los lazos, las afecciones en que la he colocado hasta hoy? Y cómo no había de sentir Adolfo las mismas pasiones que yo? Nacimos gemelos y hemos tenido siempre unas mismas ideas, unos mismos sentimientos. La semejanza de nuestros rostros, Dios la ha puesto también en nuestros corazones... ¡Ay! esta idea es horrorosa... Yo lo he sorprendido llorando á solas, lo he visto palidecer al escuchar nuestras palabras de amor, y contemplar nuestras caricias con la envidia que una madre codiciosa mira las que le prodigan á su hijo único... ¡Eduardo! dime que no es cierto, inspírame fuerzas para no descubrir este misterio horroroso, hazme ver que soy víctima de una horrible ilusión, porque lo preveo, me es imposible cederla á otro, y la disputaré al mundo entero.»

Carlos Melville.

Eduardo no pudo leer esta carta sin conmoverse, adoraba á los dos hermanos, y al pensar en la maravillosa armonía, en el acuerdo extraordinario que la naturaleza había establecido entre ellos, juzgaba á Carlos verdaderamente desgraciado.

Este llegó tres días después que la carta. Era un hermoso joven de 25 años; en su fisonomía demostraba brillantes facultades, sus ojos delirantes, que ya expresaban un abatimiento melancólico, ya una impetuosa vivacidad, dejaban ver un alma susceptible de emociones profundas.

Carlos Melville y Eduardo Vernillier se abrazaron cordialmente, su conversación fué verdaderamente amistosa sin ocultarse el más secreto pensamiento. Poco tuvieron que contarse, la vida de Eduardo estaba esenta de esas tempestades del corazón que sienten solo los que nacieron para amar, y Carlos tenía en Eugenia Derval todos sus pensamientos, toda su ambición y todas sus esperanzas.

Dotada de una figura encantadora, de un carácter amable, y adornada de una educación brillante, Eugenia Derval era una mujer verdaderamente perfecta. Su padre, después de una laboriosa carrera en medicina, se había decidido voluntariamente á la inacción y á gozar en la pequeña ciudad de Bades la rica fortuna que le habían proporcionado sus talentos: lejos de oponerse á la inclinación de Eugenia á Carlos, había dado impulso á sus amores, porque todo se reunía para hacer este enlace honroso: las conveniencias de posición, una misma edad, unos nobles sentimientos.

De los dos hermanos Carlos y Adolfo, Eugenia había preferido al primero, no porque hiciera distinción

alguna entre ellos, sino porque más sensible y amoroso había sido el primero en hacerla árbitra de su destino.

Adolfo más tímido se había contentado con amar y sufrir, decidido á desempeñar el papel del dolor en el drama en que su hermano iba á representar el de una inmensa felicidad. Carlos conoció estos heroicos sentimientos el día antes de unirse á Eugenia para siempre, y tembló ante el golpe que iba á dar á su hermano: al contar sus tormentos á Eduardo, este trató de separarle aquel pensamiento de su imaginación, y convencerlo de que á despecho de la asombrosa semejanza que le unía á Adolfo, era imposible que tubieran unos mismos sentimientos. Adolfo no piensa en Eugenia Derval, le decía... El deseo abre tan fácilmente el corazón á las persuasiones que estas palabras hicieron desaparecer por un instante la melancolía de Carlos, y convino con Eduardo en ir por la noche á la ópera. En efecto se dirijieron al teatro, y con mucha dificultad pudieron conseguir dos asientos en los bancos de la orquesta... Mas ¡ay de qué hilo tan débil y misterioso pende la existencia humana! Al volver Carlos Melville, después de haber salido en un entreacto, á su asiento, notó que estaba ocupado, y acercándose al caballero que estaba en él «os habeis equivocado, le dijo políticamente, este asiento es mío, y al salir he tenido la precaución de dejar en él un guante que todavía deberá estar ahí.» El personaje á quien se dirijian estas observaciones tenía un rostro altivo y pendenciero. Sus largos y espesos bigotes blancos, su corbata puesta con una rigidez militar, su faja roja y su paletot perfectamente abotonado, no dejaban duda de su profesión.

Al oír las observaciones de Carlos volvió desdeñosamente la cabeza, levantó rápidamente las cejas y le lanzó sin responderle una mirada de desprecio.

— Repito que este asiento es mío, caballero, dijo Carlos con una voz en que se conocía que ya empezaba á impacientarse, os lo he pedido por favor y espero que no me obligareis á que os lo escija.

— Vuestras palabras son inútiles... me quedo en él.

— Pues yo os lo haré abandonar, dijo Carlos asiendo por el brazo; mas en este momento el desconocido le sentó la mano en la mejilla y le hizo una de esas injurias, que en todos los países del mundo necesitan lavarse con sangre.

Diéronse una cita sin voces ni amenazas, y al fin de esta escena lo miró fijamente el desconocido y le dijo observando el efecto que producian sus palabras.

— Hasta mañana, caballero, yo soy el general D****
(Se concluirá.)

AL SUSODICHHO COJO

que pretendia ser ministro. (1)

Prodigó insultos mi labio,
que mi buen sentido odia,
y vengo en su desagravio
á cantar la paliuodia.

(1) Véase nuestro número anterior.

¿Mutacion tan repentina
quién en un hombre presajia?
¡Varié cual bambalina
en las comedias de majia!

Y aunque mi conducta ofrezca
motivo á crítica insana,
yo haré lo que me parezca
y lo que me dé la gana.

Si ayer merecí tu enojo
porque dije en tu ludibrio,
que llevar no puede un cojo
del estado el equilibrio,

Hoy mi yerro confesando,
en tu defensa diré,
que por la nacion velando
siempre estarás *sobre un pie*.

En periódico burlo
nadie de tí puede hablar,
pues no es posible, Simon,
que te saquen á danzar.

Jamás un desguince ofrece
distraccion á tus trabajos.
¡Un ministro se envilece
con pensamientos tan bajos!

Servirás á la nacion
como leal caballero,
pues en ninguna ocasion
dirás: «¿pies para qué os quiero?»

Nadie creerá que eres malo
si tus frases no son tiernas;
pues no es tu *cara de palo*
aunque sí lo son tus piernas.

Si el tesoro queda eesausto
porque las arcas agotas,
nadie dirá al ver tu fausto:
«¡Simon, te has puesto las botas!»

Mas si la suerte se trunca
y alzarse á los pueblos ves,
Simon, no dirás tu nunca:
«¡Se me cae el alma á los pies!»

Perdona, pues, si mi labio
prodigó insultos que odia.
¡Hoy vengo en tu desagravio
á cantar la palinodia!

E. DE CISNEROS Y N.

CUENTO EPIGRAMÁTICO.

— ¿Cómo has pasado la noche?
— Papá, no he dormido nada.

— Por qué razon, hijo mio?

— Me vá usted á reñir...

— Acaba.

— Pues bien, diré la verdad,
me enredé con *Mariana*,
y como me gusta tanto...

— ¡Tú, qué escándalo!

— Hasta el alba
estube...

— Silencio, Pedro,
vé que con tu padre hablas...

— Bien, callaré! ¿Pero es malo
leer la *Historia de España*?

E. SANCHEZ DE FUENTES.



EPIGRAMAS.

En un teatro casero
ayer se representó
una comedia muy buena
del célebre Calderon.
Atento estúvola viendo
en la luneta un Señor,
y como aaz le gustara
dijo; ¡que salga el autor!

EMILIO BRAVO.

Un poeta hizo una octava,
y preguntándome erguido
si el verso estaba medido,
yo le dije que no estaba.

Por Cristo ¡o me impacientes,
(al punto me respondió)
pues si lo he medido yo,
con un palillo de dientes.

J. M. GUTIERRE Y DE ALBA.

TEATRO.

El jueves próesimo se ejecutará, á beneficio del Barba de la compañía, la comedia en cinco actos, de don Isidoro Gil, titulada: LOS TRES ENEMIGOS DEL ALMA, DINERO, GLORIA Y AMOR. Al segundo acto se aplica la primera de estas tres palabras; la segunda al tercero, y la tercera al cuarto. Su argumento es de una interesante intriga y abundan en sales sus diálogos. El gracioso está encargado de uno de los principales papeles,